

ILIÁ ILF
EVGENI PETROV

EL BECERRO DE ORO

TRADUCCIÓN DE
HELENA-DIANA MORADELL

BARCELONA 2002



EL ACANTILADO

PRIMERA EDICIÓN EN EL ACANTILADO *mayo de 2002*
TÍTULO ORIGINAL *Zolotoi telionok*

Publicado por:
EL ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A., Sociedad Unipersonal
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107
correo@elacantilado.com
www.elacantilado.com

© de esta traducción: 2002 by Helena-Diana Moradell
© de esta edición: 2002 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 84-95359-79-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 21.395 - 2002

En cubierta dibujo de J.-M. Junoy

CLAUDIA ORTEGO *Corrección de pruebas*
PERE TRILLA *Producción editorial*
MARTA SERRANO *Producción gráfica*
VÍCTOR IGUAL, S.L. *Preimpresión*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

DE CÓMO PANIKOVSKI
VIOLÓ LA CONVENCION

Hay que amar a los peatones.

Los peatones constituyen la mayor parte de la humanidad. Más que eso, su mejor parte. Los peatones crearon el mundo. Fueron ellos los que construyeron ciudades, erigieron edificios de muchas plantas, llevaron a cabo la canalización y la conducción de aguas, pavimentaron las calles y las iluminaron con farolas eléctricas. Fueron ellos los que extendieron la cultura por todo el mundo, inventaron la imprenta, crearon la pólvora, tendieron puentes sobre los ríos, descifraron los jeroglíficos egipcios, empezaron a usar la maquinilla de afeitar, acabaron con el tráfico de esclavos y establecieron que con las semillas de la soja se pueden preparar ciento catorce sabrosos y nutritivos platos.

Y cuando todo estuvo preparado, cuando nuestro planeta hubo adquirido un aspecto relativamente cómodo, aparecieron los automovilistas.

Hay que señalar que el automóvil también fue inventado por los peatones. Pero la verdad es que los automovilistas lo olvidaron enseguida. Empezaron a atropellar a los dulces e inteligentes peatones. Las calles, creadas por los peatones, cayeron en poder de los automovilistas. Las calzadas se volvieron dos veces más anchas, las aceras se redujeron al tamaño de un paquete de tabaco. Y los peatones empezaron a apretarse con miedo contra los muros de las casas.

En la gran ciudad los peatones llevan una vida de mártires. Se ha establecido para ellos una especie de gueto del

transporte. Sólo se les permite atravesar la calle en los cruces, es decir, justo en aquellos lugares donde el tráfico es más intenso y donde el hilo del que suele pender la vida del peatón es más fácil de romper.

En nuestro vasto país un automóvil normal, destinado, en opinión de los transeúntes, al transporte pacífico de gente y de mercancías, ha adquirido los terribles contornos de un proyectil fratricida. Deja fuera de combate a columnas enteras de afiliados a sindicatos y a sus familias. Si a veces el peatón logra salir de debajo del morro plateado del coche, la policía le multa por infringir las normas del catecismo de la circulación.

Y, en general, la autoridad de los peatones se ha visto fuertemente quebrantada. Ellos, que han dado al mundo personajes tan notables como Horacio, Boyle, Mariotte, Lobachevski, Gutenberg y Anatole France,¹ están obligados ahora a hacer las más vulgares muecas, para que por lo menos se recuerde que existen. ¡Dios mío, Dios mío, tú que de hecho no existes, a qué has reducido al peatón, a pesar de que en realidad no existas!

Aquí viene uno andando desde Vladivostok a Moscú por la carretera de Siberia, con una bandera en la mano donde se lee «Reformemos la vida de los obreros textiles», y con un palo al hombro, de cuya punta cuelgan unas sandalias de reserva Tío Vania y una tetera de hojalata sin tapa. Es el peatón-deportista soviético que salió de Vladivostok siendo joven y que, en el ocaso de sus días, será

¹ R. Boyle y E. Mariotte, físicos inglés y francés que en el siglo xvii establecieron, independientemente el uno del otro, la llamada ley Boyle-Mariotte. N. I. Lobachevski (1792-1856), matemático ruso, creador de la geometría no euclidiana que lleva su nombre. Anatole France (1844-1924), escritor francés comprometido con las ideas socialistas.

atropellado a las mismas puertas de Moscú por un pesado transportador de mercancías, cuya matrícula no se tendrá tiempo siquiera de leer.

O ese otro, un mohicano europeo de la circulación peatonal. Da la vuelta al mundo a pie, haciendo rodar un tonel por delante. Él iría gustoso sin tonel, pero entonces nadie se daría cuenta de que es realmente un peatón de largo recorrido y no se escribiría nada sobre él en los periódicos. Tiene que empujar durante toda su vida delante de él ese maldito recipiente, sobre el cual, para colmo de la deshonra, un gran anuncio en letras amarillas alaba las cualidades insuperables del aceite para coches Los Sueños del Chófer.

Así se ha degradado el peatón.

Y sólo en las pequeñas ciudades rusas se respeta y se ama aún al peatón. Allí es aún el amo de las calles, vaga despreocupado por la calzada y la cruza del modo más alambicado en cualquier dirección.

El ciudadano con gorra de plato (blanca por arriba, como las que suelen llevar los administradores de los jardines de verano y los presentadores de espectáculos de variedades) pertenecía, sin duda, a la mayor y mejor parte de la humanidad. Se movía a pie por las calles de la ciudad de Arbátov, dirigiendo la mirada a su alrededor con condescendiente curiosidad. Llevaba en la mano un pequeño bolso de practicante. Era evidente que la ciudad no había deslumbrado en absoluto al peatón de la gorra de artista.

Vio una decena y media de campanarios azules, reseda y rosa pálido. Le llamó la atención el descascarillado oro americano de las cúpulas de las iglesias. Una bandera ondeaba sobre un edificio oficial.

Junto a los blancos portones de una torre de la fortaleza provinciana, dos viejas severas conversaban en francés, se quejaban contra el poder soviético y recordaban a sus

queridas hijas. Del sótano de una iglesia llegaba aire frío mezclado con un agrio olor a vino. Allí, por lo visto, se almacenaban patatas.

—La iglesia del Salvador de las Patatas—dijo en voz baja el peatón.

Después de pasar bajo un arco chapado en madera con la consigna en escayola fresca «Saludos a la quinta conferencia de mujeres del distrito», se encontró al principio de una larga alameda llamada bulevar de los Jóvenes Talentos.

—No—dijo con amargura—, esto no es Rio de Janeiro, esto es mucho peor.

En casi todos los bancos del bulevar de los Jóvenes Talentos había sentadas señoritas solitarias con libritos abiertos en las manos. Sombras agujereadas caían sobre las páginas de los libros, sobre los codos desnudos, sobre los conmovedores flequillos. Cuando el recién llegado entró en la fresca alameda, en los bancos se produjo un movimiento perceptible. Las jóvenes, disimulando tras los libros de Gladkov, Eliza Ozheshko y Seifúllina,² lanzaban cobardes miradas hacia el recién llegado. Éste desfiló con paso militar frente a las emocionadas lectoras y fue a parar al edificio del Comité Ejecutivo, el fin último de su paseo.

En ese momento dobló la esquina un coche de caballos. Junto a él, agarrado al polvoriento y pelado guardabarros, corría un hombre con un largo blusón campesino que agitaba una abultada carpeta con la palabra *Musique* estampada. Intentaba con gran ardor demostrarle algo al

² F. V. Gladkov (1883-1958), escritor ruso; su novela *Cemento* (1925), de gran éxito en la época, se inscribe en la línea del realismo socialista. Eliza Ozheshko (Orzeszkowa) (1841-1910), escritora polaca de novelas sociales. L. N. Seifúllina (1889-1954), escritora rusa en la línea ortodoxa soviética.

pasajero. Éste, un hombre entrado en años, con la nariz colgante como un plátano, apretaba entre sus piernas una maleta y, de vez en cuando, le hacía la higa a su interlocutor. En el fragor de la disputa se le torció a un lado su gorra de ingeniero, con la banda brillante como el terciopelo verde de un diván. Ambas partes litigantes pronunciaban con frecuencia y con especial fuerza la palabra «salario».

Enseguida se pudieron oír otras palabras.

—¡Usted responderá de esto, camarada Talmudovski!—gritó el del largo blusón, apartando de su cara la higa del ingeniero.

—Y yo le digo que ni un solo especialista decente vendrá a trabajar con usted en semejantes condiciones—respondió Talmudovski, intentando devolver la higa a su anterior posición.

—¿Otra vez me habla del salario? Habrá que plantear la cuestión de su codicia.

—¡Me importa un rábano el salario! ¡Trabajaré gratis!—gritaba el alterado ingeniero, mientras describía con la higa toda suerte de curvas—. Y si quiero, cogeré y me jubilaré. ¡Abolan el régimen de servidumbre! Ellos mismos escriben por todos lados «Libertad, igualdad y fraternidad», y a mí me quieren hacer trabajar en ese nido de ratas.

Entonces, el ingeniero Talmudovski abrió rápidamente la higa y se puso a contar con los dedos:

—El piso, una pocilga; no hay teatro; el salario... ¡Co-chero! ¡A la estación!

—¡So!—chilló el del largo blusón, corriendo apresurado hacia adelante y agarrando al caballo por las bridas—. Yo, como secretario de la sección de ingenieros y técnicos... ¡Kondrat Ivánovich! La fábrica se quedará sin especialistas... Tenga temor de Dios... La opinión pública no lo

consentirá, ingeniero Talmudovski. En mi cartera tengo el acta.

Y el secretario de la sección, con las piernas separadas, se puso a desatar a toda velocidad las cintas de su *Musique*.

Esta imprudencia decidió la discusión. Viendo que el camino estaba libre, Talmudovski se incorporó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡A la estación!

—¿Adónde? ¿Adónde?—balbuceó el secretario, lanzándose tras el coche—. ¡Usted es un desertor del frente del trabajo!

De la carpeta *Musique* volaron unas hojitas de papel de seda con unos «se estudió-se determinó» de color lila.

El recién llegado observó con interés el incidente, se quedó parado un momento en la plaza desierta y dijo en tono convencido:

—No, esto no es Río de Janeiro.

Al cabo de un minuto estaba llamando a la puerta del despacho del presidente del Comité Ejecutivo.

—¿A quién viene a ver?—le preguntó el secretario, sentado tras una mesa al lado de la puerta—. ¿Para qué quiere hablar con el presidente? ¿De qué asunto?

Era obvio que el visitante conocía bien el modo de dirigirse a los secretarios de las organizaciones gubernamentales, administrativas y sociales. No se molestó en asegurar que había ido por un asunto oficial urgente.

—Es algo personal—dijo con sequedad, sin volverse hacia el secretario y metiendo la cabeza por la rendija de la puerta—. ¿Se puede?

Y, sin esperar respuesta, se aproximó al escritorio:

—Buenos días. ¿No me reconoce?

El presidente, un hombre de ojos negros y cabeza grande, con chaqueta azul marino y pantalones del mismo

color metidos en unas botas de altos tacones Andarín, miró al visitante sin demasiada atención y declaró que no lo reconocía.

—¿Es posible que no me reconozca? Pues muchos encuentran que me parezco asombrosamente a mi padre.

—Yo también me parezco a mi padre—dijo con impaciencia el presidente—. ¿Qué se le ofrece, camarada?

—Aquí lo importante es saber quién es el padre—observó con tristeza el visitante—. Soy el hijo del teniente Schmidt.³

El presidente se incorporó, desconcertado. Recordó con claridad los célebres rasgos del teniente revolucionario, con el rostro pálido y una esclavina negra con broches de bronce en forma de león. Mientras se concentraba para formularle al hijo del héroe del Mar Negro una pregunta acorde con la ocasión, el visitante examinó el mobiliario del despacho con la mirada de un comprador exigente.

En otro tiempo, en época de los zares, el mobiliario de los edificios públicos se fabricaba siguiendo un modelo estereotipado. Se había desarrollado un tipo especial de mueble oficial: armarios planos hasta el techo, escaños de madera con asientos pulidos de tres pulgadas, mesas con gruesas patas de billar y parapetos de roble que separaban la oficina del agitado mundo exterior. Durante la revolución, este tipo de mueble casi desapareció y el secreto de su fabricación se perdió. La gente olvidó cómo había que amueblar las dependencias de los funcionarios, y en los despachos de trabajo aparecieron ob-

³ P. P. Schmidt (1867-1906), teniente de la flota rusa del Mar Negro, famoso héroe de la revolución de 1905. Tras encabezar la insurrección de los marineros del crucero *Ochákov* en Sevastópol, fue fusilado. Su hijo de diecisiete años, que se hallaba junto a él durante los acontecimientos, emigró posteriormente y publicó un libro de memorias antisoviético.

jetos que hasta entonces se consideraban parte integrante de un piso particular. En las instituciones oficiales surgieron divanes de abogado, con sus repisas de espejos para poner los siete elefantes de porcelana de la fortuna, vitrinas para la vajilla, pequeñas estanterías, sillones de cuero extensibles para enfermos de reuma y jarrones japoneses azules. En el despacho del presidente del Comité Ejecutivo de Arbátov, aparte del habitual escritorio, se habían aclimatado dos pufs tapizados en seda rosa desgarrada, un canapé a rayas, un biombo de raso con el Fujimori y cerezos en flor, y un armario-cristalera eslavo de tosca fabricación.

«Y vaya armarito del tipo *¡Eh, eslavos!*⁴—pensó el visitante—. Aquí no sacaré mucho. No, esto no es Río de Janeiro.»

—Ha hecho muy bien en venir—dijo por fin el presidente—. Usted, a buen seguro, viene de Moscú.

—Sí, de paso—respondió el visitante, examinando el canapé y cada vez más convencido de que las finanzas del Comité Ejecutivo iban mal. Prefería los comités ejecutivos con mobiliario sueco nuevo del Trust de la Madera de Leningrado.

El presidente quería preguntar por la finalidad de la llegada a Arbátov del hijo del teniente, pero, sin esperarlo él mismo, sonrió con lástima y dijo:

—Tenemos unas iglesias maravillosas. Ya han venido de la Dirección Científica, se disponen a restaurarlas. Dígame, ¿y se acuerda usted de la sublevación en el acorazado *Ochákov*?

—Vagamente, vagamente—respondió el visitante—. En esos tiempos heroicos yo era todavía muy pequeño. Era un niño.

⁴ Canción pasada de moda en la época.